

humana compra para ornar el pecho de los hombres eminentes.

Al ver el médico la llaga, sintió todos los bríos de su amor á la ciencia y de su entusiasmo por el bien; se acercó, metió en ella sus dedos y después de examinarla un rato, prometió al mendigo curarlo en breve plazo; y cual no sería su sorpresa al notar que Marcelo en vez de alegrarse se tornaba sombrío, como asustado, como si acabara de oír una revelación dolorosísima. Luego reponiéndose un tanto, logró exclamar: ¡si no tengo dinero!

Y como el médico prometiera curarle gratuitamente, Marcelo se irguió lleno de ira, como si acabara de sentir sobre el rostro el latigazo de una injuria, y encarándose al sabio lo miró ferozmente y, como una saliva, le lanzó esta confesión brutalmente amarga, hiriente como un dardo: ¿y si me cura, con que quiere U. que me mantenga? Dijo, y se alejó apresuradamente mascullando palabras ininteligibles, como de oración ó de blasfemia.

\*  
\*  
\*

Marcelo, ¡oh Marcelo! Te siento pasar á mi lado con la bondadosa faz encantadora, lívida por la indignación más tremenda, cada vez que la crítica honrada y valiente pone el dedo en tu llaga nauseabunda; te digo adiós con lástima desde la risueña colina de mi juventud y te sigo con la mirada al través de esa llanura á cuyo término está el negro abismo de la ruina, que cruzas murmurando las últimas imprecaciones contra la villanía de los audaces. Luego que has desaparecido, vuelvo mi cara al sol y tomo un baño de luz y de alegría.

RUTENIO.